

NH TOMÁS FERNÁNDEZ GALVÁN

Mi padre, que esta en el cielo.

Muchas veces me he preguntado si describir cómo era un hombre es la narración de los datos biográficos, su pensamiento, sus hechos, logros y fracasos, o como decían los romanos, es la trascendencia que tuvo su vida para las demás personas que le conocieron y vivieron con él.

Mi padre era un hombre sencillo, de pensamiento sencillo, de vida sencilla. No por esto menos importante, no por esto menos trascendente. En el mundo de hoy donde a los hombres se les valoran por el nivel de sus éxitos económicos, por el nivel de prestigio o de poder, él era humilde, constante, previsible, inmutable.

Mi padre era la Hermandad de la Amargura y la Hermandad era mi padre, Su vida giró alrededor de la familia, de su trabajo y de su Amargura. Serio, cabal, íntegro, servicial, católico. Desde su puesto de trabajo defendía la acción pública de calidad, honesta del servicio sanitario del padrón municipal para los necesitados. Tenía amigos de izquierdas y de derechas, pero eso sí "buenos", coherentes con sus pensamientos y honestos en sus actos.

Mi padre nació en el barrio de San Juan de la Palma/ Santa Catalina en la calle Gerona nº 36. En el inicio del invierno, un día del 21 de diciembre de 1928. El primer registro que hay de su existencia fue en la Hermandad de la Amargura y después en el registro civil. Su educación fue en el colegio de San Francisco de Paula, por vicisitudes de la vida se hizo Practicante (ATS, DUE, Enfermero) y carnicero del Mercado de la Encarnación. Perteneció por oposición al Ayuntamiento de Sevilla, durante muchos años trabajó en la casa de Socorro de Nervión y en la situada en Jesús del Gran Poder. Gran amigo de la Orden del Carmelo (Los carmelitas del Buen Suceso) donde iba casi a diario y donde se enriqueció de la amistad de muchos frailes, en especial de su mejor amigo PP Ismael al que llamó en el lecho de su muerte.

La vida de mi padre se contrapone a las vidas vacías sin valores, sin amores, sin lealtad como el ritmo lento, pausado, sereno, e inmaculado de la procesión de la cofradía de la Amargura se contrapone al ritmo paranoico, vacío y psicótico de la vida actual.

Siempre tuvo a la Amargura en su corazón. Falleció de forma sencilla, como no podía ser de otra forma, cuando regresaba de la misa de la Hermandad, y esperaba a su mujer Encarna y a su nieta Rocío a las que había llamado para tomar una "cervecita" para celebrar los aprobados de su nieto Antoñete.

Fue el último cirio de la Hermandad.

Su hijo, Tomás Fernández Jaén.